

LA ERA ACTUAL. (*)

Hemos llegado al fin de nuestra larga tarea; temimos, al emprenderla, que fuera superior á nuestras fuerzas, y sólo por esa suerte de fascinación que ejerce sobre los hombres de estudio la magnitud y dificultad casi insuperable de una empresa intelectual, tuvimos arrestos para acometerla; al terminar, nos confesamos vencidos. Era efectivamente mayor que nuestro aliento. Ni podía menos en un país en que apenas van tomando cuerpo los trabajos estadísticos; en donde no ha existido, sino por modo muy individual y deficiente, la devoción por los datos coleccionados y clasificados; en donde nuestros archivos todavía sin organización; sin catálogos, sin facilidades de trabajo, son inmensos hacinaamientos de papeles viejos que el tiempo y la incuria van reduciendo á polvo; en donde nuestros escritores han hecho de sus obras armas de partido, como era ineludible, basando sólo sobre hechos muy aparentes y muy rápidamente explicados, sus apreciaciones, y consolidado las teorías con que han interpretado nuestra historia y los prejuicios con que la han falseado. Y descuidamos adrede el contingente de los documentos oficiales, también incompletísimo, porque éstos nunca tienen valor de probanza, puesto que obedecen á miras especialísimas, sino cuando están minuciosamente confrontados con otros de orígenes distintos.

En suma, el hecho, el fenómeno, ó político, ó administrativo, ó económico, ó jurídico, ó moral, algunas veces diminuto y de todos modos oculto ó velado por los

acontecimientos de primer término, pero que, determinado por las condiciones de *medio* y de *heredismo*, es, á la vez el determinante de la historia ostensible; el hecho social, en sus elementos constitutivos, nos huye casi siempre, porque ó no dejó huellas ó sus huellas se han perdido. Y sin él todo estudio resulto frustráneo, efímero, provisional cuando menos.

Y hemos hecho una labor provisional; con mayor copia de datos más científicamente depurados, otros reharán lo que hemos intentado hacer y con mejor suceso. Pero nuestro empeño no habrá sido inútil, sin embargo. En primer lugar, si hemos procurado estudiar sin prejuicios las condiciones dinámicas de nuestra sociedad, no la hemos estudiado sin sistema. No nos toca aquí exponerla; pero el título solo de nuestro libro indicaba que aun cuando pudiéramos disentir en la fórmula de las leyes sociales, y unos siguiendo la escuela spenceriana, las asimilasen profundamente á las leyes biológicas, y otros las considerasen de acuerdo con Giddings, esencialmente psicológicas, y la mayor parte, acaso, fundadamente históricas, en consonancia con Augusto Comte y Littré, todos hemos partido de este concepto: La sociedad es un ser vivo; por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma: esta transformación perpetua es más intensa á compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos

(*) Introducción á las páginas, inéditas aún, con que se cerrará el libro intitulado "México y su Evolución," que edita la casa Ballezá y Comp.